

## ENTRE SOMBRAS

Janu

Mi nombre es Hilda y estoy recluida en el Centro de Readaptación Social San Miguel, del estado de Puebla, acusada y sentenciada por un delito que no cometí.

El día de los hechos, 1 de enero de 1997, salí en la mañana del hotel Jaguar, ubicado a un lado de la estación nueva de Ferrocarriles Mexicanos, en compañía de Ricardo Martínez Martínez, de cincuenta y cinco años de edad, originario de Perote, Veracruz, con quien desde hacía tiempo vivía en amasiato.

Nos dirigimos al mercado Hidalgo, a unas calles de ahí. En el trayecto, Ricardo me comentó que iría a trabajar, pues no teníamos suficiente dinero, sólo para el desayuno. Luego de comer algo, lo fui a dejar al camión, no sin antes decirle dónde me encontraría, pues traía una fuerte resaca por los tragos ingeridos el día anterior.

Me fui hacia atrás del mercado con una bolsa de mano que él me había obsequiado la Navidad anterior. Sabía que en ese lugar encontraría a uno que otro crudón curándose. Como lo supuse, los amigos ocasionales estaban sentados en la banqueta con una botella a medio terminar y me ofrecieron un trago, pues a leguas se notaba mi sed; otro me ofreció una cerveza que acepté. Sacaron la mota y me senté junto a ellos a fumar y a seguir tomando, hasta que llegó el momento en que se retiraron.

Me quedé pensando dónde conseguiría más alcohol y me dirigí a los locales donde, además de pulque, vendían aguamiel, caña,

tejocote, yerba maestra, chinchol, cerveza o botella cerrada, lo que quisieran. Llegué al local de doña Gudelia, una señora originaria de San Miguel Canoa, dueña del changarro que ella misma atendía. Toqué, me abrieron y entré. Era una cochera con bancos al derredor; un medio baño al fondo que, como puerta, tenía una cortina; a la izquierda había un pasillo que llevaba a la puerta de entrada de un pequeño saloncito con bancos, igual que en la cochera y, a la izquierda, la entrada a un cuartito sin puerta donde tenía el pulque, cervezas y alcohol en garrafas. Al entrar en el saloncito vi a mi amiga *la Gorda*, una mujer morena con sobrepeso, de mediana estatura, joven y de ojos saltones con la que supuestamente me llevaba bien. Estaba sentada en una de las bancas y junto a ella un señor que sostenía entre sus manos una caguama. *La Gorda* me invitó a sentarme y comencé a tomar con ellos. Mientras tanto, uno que otro cliente llegaba a echarse un trago.

Serían como las diez u once de la mañana, cuando llegó una señora chaparrita, regordeta, morena, con el cabello chino y pintado color uva. Se veía un poco pasada de copas, y desde que vio a mi amiga empezó a mentarle a su madre, la retaba a darse “un diez” con ella. Para mi sorpresa, *la Gorda* se quedaba callada y agachaba la cara. Animada por las cervezas ingeridas, brinqué por ella y le dije a la señora que mi amiga no se iba a aventar porque estaba embarazada (al menos eso fue lo que me había dicho), y que si tantas ganas tenía de darse con alguien, que yo iba por mi amiga.

La señora salió diciendo pestes y lanzando amenazas, que ya vería yo con quién me estaba metiendo, que traería a su hijo que era jefe de una banda, y otras cosas más; yo, haciéndole burla, le contesté que ahí la esperaba.

Seguí tomando con *la Gorda* y su novio. Cuando se retiraron, me fui a sentar cerca de la salida a echarme otra cerveza. Serían las doce del día cuando entró Ricardo. Se sentó junto a mí preguntándome qué tomaba. Le respondí que una chela. Él se tomó media de aguamiel, y al terminarla me propuso que nos fuéramos

al cuarto a comer, a bañarnos y a dormir un poco. Protesté. Le pregunté que si ya me quería encerrar tan temprano. Me dijo que no, pero que ya me veía un poco tomada; que si quería, por la noche me llevaría a cenar o a bailar. Acepté. Me tomó de la mano y salimos del lugar.

A media calle estaba la señora bajita, regordeta de cabello chino color uva acompañada por un jovencito como de quince o dieciséis años, vestido como chico banda. Al verme, la doña me señaló y comenzó a gritar: “¡Mira, hijo, esa pinche vieja quiso agandallarme en el baño!” Le contesté que no fuera habladora, que la que quería pasarse de artista era ella. El chamaco se sacó su cinturón y enredándoselo en la mano comenzó a darnos con la hebilla. Ricardo me protegió poniéndose entre el chamaco, su mamá y yo y recibió la mayoría de los golpes. Por mi parte, trataba de jalarle el cinturón cada vez que el tipo lanzaba un cintarazo; nos pegó hasta que se cansó. Luego tomó a su madre del brazo, dio media vuelta y se fueron hacia dentro del mercado. Yo, enfurecida, le preguntaba a Ricardo por qué no se había defendido. A causa de los cintarazos sangraba de los brazos, su camisa blanca estaba manchada. Yo también sangraba, aunque un poco menos. Él insistió en que nos fuéramos a casa, pero yo por el coraje, la impotencia y por los tragos ingeridos, no reaccioné con claridad. Ricardo repetía que era probable que de un momento a otro pasara una patrulla, y que al vernos manchados de sangre, nos detendrían.

—Acuérdate de que hace unas semanas ya nos detuvieron por robo —me advirtió.

—Vete a la casa, te alcanzo después. Voy a esperar al chamaco para darle por lo menos unas patadas.

Ricardo se fue a la casa, supuestamente, y yo entré de nuevo al local de la Gude. Al verme, mis conocidos se sorprendieron al notar las mangas de la blusa manchada de sangre. Me preguntaron el porqué si había salido bien con mi pareja. A grandes rasgos les expliqué lo sucedido y comenté que me esperaba un rato, ya que

había notado que el chamaco también andaba tomado. En la espera vinieron más tragos, al grado de que ya me tambaleaba. En una de esas idas y venidas al cuartito donde despachaba la Gudelia, en un descuido le robé un cuchillito con el que partía los limones, de esos de sierrita que algunos utilizan como cubierto de mesa. Lo tomé y lo escondí entre el pantalón y mi estómago. Un mono, al verme en ese estado, trató de sobrepasarse poniendo su mano en mi trasero. Reaccioné sacando el cuchillito y dándole un rasguñón en la panza, sin darme cuenta de que la Gudelia estaba detrás de mí. De pronto me arrebató el cuchillito y a empujones me sacó de ahí.

Como ya estaba muy tomada, pensé irme a la casa, pero al sentir que me tambaleaba más de la cuenta creí que no llegaría, y como anteriormente ya me habían atropellado, mejor crucé la calle y me senté. Todo me daba vueltas. En el suelo vi tirada una bolsa de plástico con algo de basura adentro. Vací el contenido y metí mi bolsa de mano, regalo de Ricardo, pues no quería perderla ni que me la robaran. No traía nada importante: un arete con forma de arlequín de plata, una cadenita también de plata con un brillantito, un lápiz negro para los ojos, un cepillo pequeño de pelo y un inhalador, regalos también de Ricardo. Puse la bolsa debajo de mis pies con un nudo sencillo, me recargué en mis rodillas con los brazos cruzados y mi cabeza descansando en ellos. Me dormí pensando que sólo descansaría un rato para que se me bajara el cuete y que después me iría a la casa con Ricardo.

Me quedé completamente dormida, entre sueños levanté un poco la cabeza; veía todo borroso. Unas personas del otro lado de la acera se jaloneaban y gritaban. Ya estaba oscuro y el foco de la entrada del changarro de la Gudelia apenas alumbraba lo que estaba pasando. No pude distinguir bien quién era. Oí la voz de una mujer y otras dos voces de hombres. No podía moverme; volví a recargarme como estaba y a dormir.

Serían como las once de la noche –y lo supe porque un vecino del lugar que vendía tacos árabes ya estaba limpiando su asador y

todavía tenía la puerta de su casa abierta, con el foco encendido— cuando me despertaron unos policías estatales. Uno estaba al volante de la patrulla y el otro me zarandeaba para preguntarme si me sentía mal, que qué me había pasado.

—Nada, sólo estoy durmiendo, qué ¿no puedo?

El poli, enojado, me dijo entonces:

—¡Ah, muy chingona! A ver, levántate —y me “basculeó”. El que estaba trepado en la patrulla, sin bajarse le gritaba: “¡Vámonos, pareja!, ya déjala que se bote por ahí!” El que me despertó me advirtió:

—Sobres, ábrete, no quiero verte durmiendo por aquí porque te remito.

Cuando ya me iba, vi la bolsa de plástico en el suelo y la levanté. Al ver esto, el policía se regresó a preguntarme:

—¿Qué es eso?

—Pues mi bolsa.

—Ábrela —me ordenó— y saca lo que traes.

Saqué mi bolsa de mano de la de plástico y la abrí para mostrar mis chucherías. El policía tomó la bolsa de plástico, la sacudió por las orejas, la agitó y me dijo: “Saca lo demás”.

Yo no sabía a qué se refería, pues sólo recordaba haber guardado ahí mi bolsa de mano. Metí nuevamente la mano y saqué un cuchillo. El policía lo tomó de la punta y con la otra mano me encañonó, al tiempo que le gritaba al de la patrulla: “Ven a ver, pareja”. Me esposaron y me subieron, pero como todavía estaba tomada, me volví a quedar dormida.

Desperté al día siguiente, 2 de enero. Tenía un dolor de cabeza increíble y una sed desesperada. Estaba esposada de una mano debajo de un mostrador con una cobija encima. Traté de recordar lo que había sucedido. Me preguntaba por qué estaba ahí, pues no me acordaba de nada. Era obvio que estaba detenida, pero no sabía por qué. Tal vez le menté la madre a alguien... Había otros durmiendo junto a mí vestidos de civil. Empezaron a levantarse,

a doblar sus cobijas y colchonetas desganadamente. Pregunté a algunos si sabían por qué estaba detenida; no lo sabían, cuando llegara el comandante, me lo diría. “¿El comandante? –pensé—. Ah, chingao, pues ¿en que bronca me metí? ¿A poco le menté su madre a él?” “Y ¿dónde estoy?” “En la judicial”, me dijeron.

Yo quería llorar. “¡Y’ora en la judicial! –me decía–, ¿pos a qué hora me agarraron estos putos? ¿Y Ricardo? Ha de estar que se lo lleva la chingada porque no llegué. Me ha de andar buscando, o a lo mejor la gente de la colonia vio cuando me agarraron, y como son de chismosos, de seguro ya le avisaron y ha de andar consiguiendo dinero para sacarme del pedo.”

Me quitaron las esposas, me levantaron y me sentaron en una silla detrás de un escritorio. Estaba nerviosa, temblorosa; tantito por la cruda y tantito por lo que estaba pasando. Como diez judiciales me preguntaron mis datos. Les pedí agua y me la dieron; les pedí cigarros, me los dieron; les pedí ir al baño, me llevaron. Esas actitudes me hicieron sentir menos temerosa. Cambiaron turno; entregaron. Otros diez judiciales me preguntaron mis datos, y se los di a un gordito que me regaló una jarra de té y me preguntó por qué estaba ahí. Le dije que no sabía. Otro de sus compañeros lo llamó y, mientras hablaban, en el vidrio de la puerta leí escrito al revés: Homicidios. Me quedé con el ojo cuadrado. “¿Le menté su madre al comandante de homicidios? ¡Madres, güey! De seguro cuando llegue me va a mandar a los separos y me voy a chingar unas setenta y dos horas de cajón y no va a querer un billete por mí.”

El gordito regresó y me dijo que en el hospital Universitario había un muchacho al que habían picado y que me señalaba como responsable. Me asusté más.

–No puede ser, jamás ando armada y no sé ni de quién se trata.

–Si tu familia, o con quien vivas, se arregla con los familiares del herido y llegan a un acuerdo, entonces nada más se le pediría al MP que fije una fianza por portación de arma blanca.

—Pero ¿cuál arma blanca?

El policía que estaba al otro lado del mostrador me enseñó una bolsa de plástico transparente con un cuchillo tipo carnicero.

—¿Lo reconoces?

—No.

—Pero si tú lo traías...

El gordito se levantó y se fue; el otro policía también. Uno contestaba el teléfono, otros leían papeles y apuntaban. Llegó el momento en que me llamaron para ponerme de espaldas contra una tabla con números donde midieron mi estatura de frente, de un lado y del otro; luego me colgaron otra tabla con números y me tomaron fotos. Yo me sentí mierda y me dio mucho coraje. “Pinches *perros*, por una mentada de madre hasta me van a fichar”, pensaba. Luego me colocaron delante de una tabla blanca e hicieron que tomara el cuchillo por el mango para sacar más fotos. Volvieron a meter el cuchillo en la bolsa y después me embarraron los dedos con pasta de un rodillo. Me sentaron nuevamente en la silla.

Estaba preocupada por Ricardo, pensando que tal vez estaría afuera preguntando por mí, y que probablemente se la estuvieran haciendo de tos y no lo dejaran verme. Amigos ocasionales me platicaron que cuando su familia o su pareja llegaban a los separos a preguntar por ellos, primero se los negaban y luego les pedían una *corta* para verlos. Mientras, les daban sus *megamadrizas* para tenerlos quietos o para que firmaran su declaración corregida y aumentada por las autoridades. Me entró miedo nada más de pensar en todo eso, pero ya estaba ahí. Aprovechando que al judicial gordito le caí bien —o que sentía lástima o piedad, no sé—, le pedí de favor que si se presentaba Ricardo, mi pareja, le permitieran verme o le dijeran que no se preocupara, que yo estaba bien. Me pidieron sus datos y se los di. Se miraron entre ellos un tanto sorprendidos y dijeron que no me preocupara, que en cuanto llegara harían lo posible para que lo viera.

Como a las dos o tres de la tarde, llegaron otros judiciales con bastantes carnes frías y como con cinco kilos de tortillas que pusieron sobre una mesa. Me invitaron a comer con ellos. Al terminar, otra vez en la silla a esperar al MP. Como a las seis, un judicial me llamó al mostrador, a unos pasos de donde yo estaba. En la mano tenía una bolsa de plástico pequeña con una *puka* (gargantilla gabacha) que yo le había regalado la pasada Navidad a Ricardo, una llave con el llavero del hotel donde vivíamos y unos cuantos billetes arrugados. Me inquieté al ver la puka y el llavero.

—¿Reconoces esto?

—Sí, la gargantilla es de mi pareja, y la llave, de nuestra “casa”. ¿Por qué tienen sus pertenencias? ¿Está detenido? —pregunté intrigada.

—No, no está detenido. Está aquí y me las prestó para que supieras que ya había venido a buscarte —me dijo el judicial.

—¿Puedo hablar con él? Quiero verlo.

—No, hasta que declares.

Como a las tres de la mañana me llamó el MP y me pidió que le relatara lo acontecido el día 1 de enero. Así lo hice y me esposaron, me sacaron de la Procu y me llevaron al anfiteatro del panteón municipal. Al llegar, me dijeron que tenía que identificar a una persona. Me asusté, me preguntaba quién sería, mi corazón latía alocadamente.

Bajamos, se abrió la reja del panteón, pero no la principal, sino la que se encuentra a unos metros de ésta. Recorrimos un pasillo y entramos a un gran cuarto sin puerta, lleno de planchas de cemento donde estaban los cadáveres, unos encima de otros; en el suelo, unos completos, otros no; unos con la cara destapada y otros no. Los veía y un gran temor se apoderaba de mí; sentía el corazón en la garganta. En cambio, los judiciales eran indiferentes ante esa escena. Al fondo había más cuerpos. Encima de una especie de charola de lámina, en el suelo, estaba Ricardo.

—¿Lo reconoce?

—Sí—contesté sin poder creerlo. Estaba completamente desnudo, con las piernas semiflexionadas. Ya le habían practicado la autopsia, pues estaba cosido como costal desde la barbilla hasta el vello púbico. Su cuerpo tenía varios moretones, mordidas y una rajadota que le cortaba la mitad de la pierna, además de orificios como cortaditas, los brazos amoratados, y como si a pellizcos le hubiesen arrancado pedacitos de piel. Los nudillos de sus manos estaban enrojecidos e hinchados, lo único intacto era su rostro, que denotaba un rictus de dolor o agonía. Ya estaba rígido, muerto, con los ojos cerrados y la boca entreabierta.

Por un momento mi mente quedó en blanco. Mientras lo observaba, di varias vueltas en torno suyo y me decía que no era él, que no podía ser él. Ricardo, Ricardo; estuve tentada a tocarlo y no pude, tenía miedo de que fuera verdad lo que estaba ante mis ojos, o que al tocarlo se levantara y estúpidamente se riera y me dijese que todo era una broma, aunque en el fondo deseaba que se levantara y me dijera: “Vámonos”, pero no fue así.

No supe cómo me sacaron de allí ni cómo me subieron a la Caribe. Cuando reaccioné ya estábamos frente a la Procu. Me llevaron a la oficina del MP. Me hablaban y no entendía, tenían que repetir lo que me preguntaban dos o tres veces. El MP me hizo contar nuevamente lo acontecido, acosándome con preguntas. Una mujer escribía todo cuanto decía.

—¿El difunto le pegaba?

—No.

—¿Pelearon alguna vez?, ¿por qué?, ¿cuándo?, ¿cómo?, ¿hubo golpes, insultos?

—Sólo una vez que él llegó tomado peleamos por una televisión. Discutimos, lo empujé, perdió el equilibrio y cayó. Se levantó y me dio una cachetada leve, yo le lancé un montón de ofensas y él, llorando, me pidió perdón. Esperé a que se durmiera, tomé mis cosas y me fui de su lado. Me refugié en unas bodegas abandonadas, pues no tenía a dónde ir. Como se acercaba el cumpleaños de

mi única hija, me fui a robar junto con otros dos amigos. Nos agarraron y estuve detenida en San Miguel cinco meses, de donde salí absuelta a pesar de haber aceptado que sí robé. Al salir me dijeron que Ricardo andaba muy mal, lo busqué y regresé con él, pues sentía que aún lo amaba. A su vez, él me platicó que lo habían detenido en Tlaxcala, cosa que constaté, pues lo acompañé por algunas pertenencias y a firmar unos papeles. Fue la única ocasión en que nos peleamos; cuando regresamos quedamos en no llegar a las manos sino discutir, en que era mejor hablar.

—Está usted como presunta responsable del delito de homicidio simple, en el que al parecer participaron tres o más personas —me informó el MP—. ¿Sospecha de alguien en especial que hubiera querido matarlo?

Hice dos señalamientos. Me revisaron. Volví a repetir paso a paso lo sucedido el día primero. Me preguntaron sobre la relación que llevábamos; respondí que lo amaba y que, por consiguiente, no era capaz de hacerle ningún daño. Eso fue todo.

Me condujeron a la comandancia. Nuevamente me tendieron unas cobijas debajo del mostrador, me esposaron de una mano a la pata del mismo y se acostaron a dormir aparte. No pude conciliar ni un solo momento el sueño. Lloré con desesperación e impotencia, con desolación, con un dolor inenarrable; me dolía sobremanera el recuerdo del cadáver de Ricardo, lo tenía tatuado en mi mente, y a pesar de haberlo visto, no lo quería creer.

El MP me informó que a las tres de la tarde me trasladarían al penal de San Miguel de la ciudad de Puebla. El amanecer me pareció más triste y lúgubre que nunca. Me inquietaba no saber qué harían con el cuerpo de Ricardo al no haber quién lo reclamara, ¿qué sería de él?

Me volvió a llamar el Ministerio Público y dijo que me pusiera de acuerdo con el del otro turno para que me fijara una fianza y no pasara las averiguaciones dentro del penal, que pidiera una llamada telefónica, ya que por ley tenía derecho.

Cambiaron turno, el Ministerio Público entrante pidió siete mil pesos para dejarme libre mientras hacían las indagaciones. Le pedí hacer una llamada y su directorio, porque mi mente se había bloqueado y no recordaba ni el teléfono de la casa de mis padres. Sólo me dio unos minutos, que no me alcanzaron para localizarlo por más que busqué; fue inútil.

Larga y lenta fue la espera y por fin me trasladaron. Yo no había parado de llorar. El judicial gordito no quiso llevarme esposada y trató de consolarme diciendo que ya no llorara, que viera qué ojos tenía, que ni siquiera podía abrirlos, que no me preocupara, que allá iban a deslindarme de toda responsabilidad. Al mencionarle mi preocupación por Ricardo, me contestó que seguramente iría a la fosa común después de setenta y dos horas o a lo mejor en una semana, que no me preocupara por él, que bien que mal ya estaba muerto, que mejor pensara en mí.

Llegamos al penal y el judicial entregó unos papeles en la puerta. Me pasaron a un cuartito e hicieron que me desnudara. Una custodia me revisó tatuajes, cicatrices, manchas, lunares, y todo lo apuntó en una hoja.

Salimos de ahí y me condujeron por un pasillo a la sección femenina. Al llegar me llevaron a Gobierno, un módulo de control donde las custodias reciben órdenes de las supervisoras de grupo y contestan llamadas o las hacen de otras áreas, como Laboral, Trabajo social, Psicología, Dirección, Juzgados, Locutorios o Control de la sección masculina. También en ese módulo está la Coordinación de la sección femenina, dividida en cuartos, el Servicio médico, Psicología y Trabajo social. Me esperaba la coordinadora, una mujer joven de aspecto agradable —aunque no lo era tanto—, a la que ya conocía. Me dijo que esta ocasión no sería como la anterior, que no me sorprendiera si recibía un trato diferente, y que eso era todo lo que tenía que decirme.

Me pasaron a población al edificio 3 cuarto 1. En el trayecto vi a unas compañeras que todavía rompían piñatas y celebraban

gustosas con gritos y alboroto. Llegué al edificio y fui recibida por dos compañeras que tejían con la televisión prendida.

En el comedor me ofrecieron una silla y compartir el momento con ellas. Llegó el momento del cierre, a las nueve de la noche, y yo no dejaba de llorar. En el cuarto unas conocidas –y otras no tanto– me consolaron diciéndome que todo se arreglaría.

Me dolía el alma como si algo muy grande se me hubiese muerto junto con él, los sueños, las ilusiones, los planes, el amor; un amor como siempre había anhelado y que hacía muy poco había visto realizado. En el transcurso de mi vida había tenido varias parejas, pero siempre tuve la impresión de que sólo yo me entregué y di más que ellos, que sólo daban lo preciso, fría y calculadamente, para que al final de esas relaciones me sintiera utilizada, vacía, sola, y un tanto frustrada por no recibir lo esperado.

En cambio, cuando llegó Ricardo, tuvo la suficiente paciencia para cortejarme durante tres meses. Al principio me caía mal, llegaba con amigos ocasionales y desde una calle antes de llegar me gritaba: “Mi reina, ahí está mi reina, lo que quiera mi reina”, mientras yo pensaba: “Ahí viene ese payaso, sangrón”. Lo soportaba porque llegaba con un pomo, dinero y, además, me dejaba una lana.

En ese tiempo yo no tenía dónde dormir, ni casa, ni nada. Me había entregado por completo a la bebida después de que el padre de mi hija me había dejado con una mano adelante y otra atrás, llevándose mi tesoro máspreciado: mi bebida de sólo unos meses, además de la ropa y lo poco que teníamos. Estaba obsesionado con que nos fuésemos a vivir con su mamá, con la que no me llevaba bien.

Después de constantes peleas por la situación económica, se llevó a mi hija para chantajearme, pensando seguramente que lo iba a seguir y que no lo dejaría. No fue así. Sintiéndome destruida y fracasada al ver que su familia era más fuerte que yo –en todos sentidos–, después de intentar lo que mis posibilidades me permitían

y no encontrar una salida, me di por derrotada y empecé a beber excesivamente y a deambular como muerta, sin alma, queriendo morir. Cobarde al fin, no tuve valor de hacerlo de manera contundente y escogí beber hasta la inconciencia, sin importar dónde me quedaba, en plena calle o debajo de los puestos del mercado, la cosa era estar la mayor parte del tiempo fuera de la realidad, pues no aceptaba que el que tantas veces me repitió que me amaba y que no podía vivir sin mí, se hubiera llevado a mi bebé sin importarle el dolor que me causaba.

Quería olvidar las tiernas miradas de amor que me dirigía mi bebé cada vez que la amamantaba, el calorcito de su pequeño cuerpo cuando la arrullaba o la consolaba, cuando disfrutaba cambiarle de ropita y escoger el color para ese día. Sentir mis brazos vacíos me llenaba de amargura, y al darme cuenta de mi impotencia ante la situación, volvía a beber. Coraje, tristeza y dolor los acallaba bebiendo lo que fuera. A pesar de conocer mi situación, Ricardo me dio mi lugar y me ofreció su cuarto y su dinero con el fin de atraerme, hasta que se inició la relación y con su comprensión y paciencia amortiguó en parte mi dolor y mi tristeza.

Llegó el momento en que lo quise y me enamoré de él. Me llenaba de detalles, me dio la libertad de decidir si estar con él o con los amigos ocasionales, sin presiones ni condiciones, sin obligarme a nada, y siempre que estaba con él procuraba hacerme sentir bien. Por primera vez había alguien que me veía como mujer, persona, ser humano; no la clásica mujercita que al final de cuentas termina siendo más sirvienta que mujer. Poco a poco fue ganándose mi amor, respeto y admiración por sus actitudes hacia mí, demostrando en todo momento ser un hombre en toda la extensión de la palabra. Por primera vez me sentí plenamente correspondida y feliz; ya no bebía tanto, y jamás pensé que llegaría el fin; mucho menos de esta manera.

En medio de la oscuridad del cuarto del edificio 3, dormitorio 1, recordaba cada momento a su lado y lo extrañaba. No me

dolía tanto estar nuevamente presa, sino el hecho de saberlo muerto, la frustración de no haber hecho realidad los planes de vivir juntos, pues en ese cuarto de hotel ya teníamos algunas cosillas: una televisión, una mesa y unos vasos, que serían para empezar a amueblar algún cuarto o casa que alquilásemos.

Algunas compañeras me pidieron que descansara. Me subí a la litera y añoré sus brazos cuando, acurrucada junto a él, me rodeaba y me decía: “Ven, yo te protejo”. Era tanta mi necesidad de él, que ya acostada, llorando, llegué a “sentir” sus brazos e incluso su calor, sólo así me quedé dormida.

Al amanecer anhelaba que todo hubiese sido una horrenda pesadilla, que él estuviera durmiendo junto a mí y que al despertar le platicara mi absurdo sueño, pero no fue así. Lloré al ver mi realidad.

Después de pasar lista en la mañana, en el transcurso del día lloré. Lloraba a cada momento, sentía que todas las lágrimas derramadas no eran suficientes para desahogar el dolor que me abrumaba.

Una compañera de penal, a la que había conocido de vista antes, y con la que, desde la vez anterior, había empezado a hablar, era mi refugio para llorar. Además de serme conocida, la coordinadora la había comisionado para que me cuidara, pues me veía tan mal que temía que intentase suicidarme.

Me mandaron con la psicóloga, luego con el psiquiatra y éste me recetó medicamentos que todo el día me mantenían tonta, casi babeando. Así estuve, incluso cuando me bajaron a defensoría.

Los defensores de oficio, esa parvada de putos güevones que se la pasa tragando café y cotorreando con las secretarias —que parecen prostitutas al mejor postor—, son unos ojetes que, a pesar de percibir un sueldo que no desquitan, todavía quieren sacar tajada de la bola de ignorantes que caen en sus mugrosas manos: los presos. Aprovechándose de su cargo, hacen gala de un léxico con términos legales, lleno de citas de fracciones, de artículos y de códigos que no entendemos, para confundirnos.

Además de ignorante, siempre fui optimista. Nunca me imaginé en una situación como ésta, jamás me di a la tarea de enterarme qué se debía de hacer. Crédula e ingenua, todavía creía en la justicia, que investigarían y que al llegar a la verdad, me dejarían en libertad. Sueños guajiros... A qué le tiras, cuando sueñas, mexicano.

Me tocó el segundo Juzgado de lo penal, y el licenciado a cargo de todos los que caían ahí era Hugo Cocolitzin. Él mismo me dijo que sería mi abogado. Aunque mareada por el medicamento psiquiátrico que me habían suministrado, le conté a grandes rasgos los hechos, y él me propuso apelar al auto de formal prisión en cuanto llegara, después de las setenta y dos horas de haber ingresado al penal.

El día que llegó, me llevaron a dactiloscopia, a las fotos y huellas, toda zonza. Me quedaba dormida de pie por el medicamento. Al rendir mi declaración preparatoria, no entendía nada, y sin permitirme leer lo que supuestamente había declarado, me hicieron firmar, alegando que de no hacerlo, la juez Blanca Laura Villena Martínez —que no me conocía y que, por cierto, no estaba presente— lo podría tomar como desacato. Yo ni entendí qué quería decir eso, pero como sonaba a algo grave y severo, accedí.

Llamé por teléfono a mis familiares y me dijeron que no volviese a hablar, que hiciera de cuenta que no existían, porque para ellos ya estaba muerta, que cómo me atrevía a hablarles, si por mi causa eran la comidilla de la colonia, que me olvidase hasta del número y de dónde vivían. Lloré desesperada.

Sin saber qué hacer ni a quién recurrir, con un gancho de tejer que me prestaron me puse a tejer bolsitas para guardar dinero a fin de venderlas y así sacar algo para comprarme jabón de baño, estropajo, cojincitos de champú y jabón para la ropa.

Las compañeras me comentaron que la noticia de la muerte de Ricardo había salido en televisión, y que decían que yo había matado a un muchachito de dieciséis años. En el periódico *ABC*

también publicaron mi fotografía, pero no la del supuesto difunto al que maté.

Apelamos el auto de formal prisión, pero la apelación me fue negada. El paso a seguir era el proceso, que duraba de ocho meses a un año, y que a mí se me hacía eterno, pues como recién llegada los días me parecían meses, y las semanas, años.

Por órdenes de la coordinadora de la sección femenina, tenía prohibido lavar la blusa con la que llegué, pues tenía manchas de sangre —la mía, por supuesto—. Un día llegó una custodia a pedírmela y se la di. Me dijo que la analizarían en la Procu. Luego de diez o veinte minutos, me la devolvieron, y yo la lavé y la regalé, pues las compañeras de cuarto me habían dado algunas prendas de vestir para que me cambiara, una toalla y unas chanclas, y otras me habían prestado sus cosas de baño.

Como regla, al mes me hicieron análisis de sangre en los que resulté positiva a la prueba de embarazo. Lloré de tristeza y felicidad; tristeza, porque imaginaba el gusto que le hubiese dado a Ricardo saberme embarazada y conocer a nuestro hijo; felicidad, porque a pesar de haberse ido, no me había dejado sola del todo. Hubo reubicaciones en la sección femenina: en el edificio 1, ingresos y mujeres con bebés y delitos menores; en el 2, 3 y 4, sentenciadas o delitos graves. A fin de cuentas quedamos igual: todas revueltas.

Ya tenía dos meses y medio de embarazo, y mes y medio de haber ingresado y de tratar de ganarme un taco con el sudor de mi frente, no sólo tejiendo, sino también acarreando agua, pues los aseos eran pesados y no quería poner en riesgo a mi bebé.

A pesar de acarrear el agua de la llave al dormitorio con cubetas chicas, empecé a sangrar levemente. Se lo comuniqué al servicio médico en la mañana y en la tarde me sacaron al hospital, después de haberme hecho firmar una hoja que, supuestamente, era la orden de salida. La custodia no me dejó leerlo, con el pretexto de que nos estaban esperando para irnos rápidamente. Firmé y

me sacaron en un auto particular que, según escuché, era propiedad de una persona que trabajaba ahí.

Pensé que me hospitalizarían para retener a mi bebé, pero al llegar me pasaron a un cuarto en el que sólo había una camilla, dos doctores y una enfermera. Me pidieron que me subiera. Mientras la enfermera me ponía suero con una inyección, yo le pedía al doctor que salvara a mi bebé, que hiciese lo posible porque lo retuviera. Me pidió que abriera las piernas porque me haría un tacto. Yo sabía que no debe hacerse cuando hay amenaza de aborto porque se provoca, por lo que traté de levantarme. Me sujetaron. La enfermera y la custodia que me acompañaba me abrieron las piernas y me arrancaron a mi bebé. Luego me inyectaron algo y desperté hasta el día siguiente. Al darme cuenta dónde estaba, recordé lo sucedido y lloré. Todo el cuerpo me dolía. Más tarde me sentaron en una silla de ruedas y me llevaron a radiología para hacerme un ultrasonido y comprobar si no habían quedado restos del bebé en mi vientre. Después me dieron mi ropa y mis zapatos y me regresaron al penal.

Lloré mucho de impotencia y frustración ante tanta crueldad. Me preguntaba por qué, si yo no les había hecho nada; le preguntaba a Dios por qué permitía tal cosa, y renegué de Él por todo lo sucedido: porque el padre de mi nena me la quitó, por la muerte de Ricardo, la entrada al penal, el rechazo de mis familiares y que hubieran arrancado a mi bebé de mi vientre. Me hundí en una depresión sin fin. Sentía un dolor inenarrable, no salía del cuarto para nada, me sentía vacía, con un hueco en el vientre y en el alma. Después de unos días, me enteré por las demás compañeras que no había sido la única que había pasado por eso; fuimos unas siete, en toda la población, a las que las autoridades habían sometido muy convenientemente por ese tiempo.

Cuando algunas denunciaron —aconsejadas por las compañeras—, la demanda no progresó. No había registros de nada, ni de entradas, ni de salidas, ni análisis, ni nada. Yo no denuncié por

miedo a que me hicieran algo más. Mientras, el proceso seguía su curso. El licenciado Cocoltzin trataba de convencerme de que aceptara que yo lo había asesinado, que alegara defensa propia, que ampliara mi declaración. Me negué, ¿por qué iba a aceptar algo que no había hecho?

El licenciado pidió juicio sumario sin mi consentimiento. Me dijo que firmara unos papeles porque tenía que entregarlos rápido, y confiada en que se trataba de copias de mi declaración —según me había dicho—, firmé.

A los cinco meses, sin nadie que me señalara directamente como la asesina, me sentenciaron sin careos a trece años de prisión. Llevo ya siete años, ocho meses y veintiún días, durante los cuales he estado luchando por demostrar mi inocencia, por todos los medios posibles. Los de derechos humanos son una bola de alcahuetes que sólo dan el avión y no hacen nada o lo mínimo; a los defensores de oficio ya ni los pelo, porque aparte de hacerse pendejos no hacen nada, parece que les da hueva hasta caminar. Se sorprenderían de la cantidad de cabrones licenciados de los distintos partidos políticos que han venido a *ayudarnos* —supuestamente— en nuestros casos, prometiéndonos la libertad anhelada, sólo para propaganda. Al término de unos meses regresan para decirnos que no se pudo, los que regresan, porque los hay que jamás volvemos a verlos. Así está la *justicia* en Puebla.

Centro de Readaptación Social  
Puebla, Puebla